

Migliucci, Dario: *El mundo de la historia. Una guía para explorarlo*. Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2024. 238 pp.

Juan Sisinio Pérez Garzón
Universidad de Castilla-La Mancha
Juansisinio.perez@uclm.es

<https://dx.doi.org/10.5209/chco.95104>

No abundan las obras de reflexión sobre el oficio de historiar el pasado, y son indispensables para desentrañar las claves de cómo se estudia y se debe analizar éste con unos métodos que garanticen el rango de objetividad al que aspira todo conocimiento científico. Por eso, libros como el de Dario Migliucci deben ser acogidos con agradecimiento. Es un libro muy útil para quienes practican o aspiran a ejercer la profesión de historiadores; también para cuantas personas quieran saber los entresijos de la construcción de los análisis históricos. En este caso, Dario Migliucci, actual profesor en la Universidad de Almería, reúne sobradas virtudes para ofrecer una perspectiva novedosa por su cualidad de joven historiador cuya trayectoria académica responde al actual arquetipo de profesional formado tanto en centros españoles como internacionales, abierto a unas metodologías interdisciplinares, con un afán constante por profundizar en el rango científico del conocimiento histórico y, como muchos de sus jóvenes colegas de generación, con un arsenal de publicaciones de relevante impacto y destacable envergadura historiográfica. Así, el autor confiesa en la introducción que pensó este libro para que los jóvenes que comienzan a estudiar el grado de Historia se adentren en esta disciplina con una explicación amena y rigurosa de “los mecanismos de funcionamiento de la historiografía”. No quedó satisfecho de su experiencia como estudiante ni tampoco de sus primeros pasos como docente, cuando se percató de que replicaba “el mismo patrón” de dar por sabidas muchas cosas “sin darse cuenta de que esta incomprensión impedía asimilar plenamente el contenido de la asignatura” (p. 9).

Siguiendo esa inquietud del autor de que los jóvenes tengan una guía “para afrontar sus primeras exploraciones por el mundo de la historia” (p. 233), cabría plantear un consejo sobre la estructura y estilo del libro. Y es que, preocupado por los fundamentos epistemológicos que afectan a todas las ciencias sociales, el autor dedica los cuatro primeros capítulos, una tercera parte del libro, a materias propias de la filosofía del conocimiento donde el saber histórico existe un tanto de soslayo. Aunque no sobran estos asuntos como sustento filosófico del resto del libro, no parecen los más indicados para iniciarse en el mundo de la historia. Son capítulos que, a mi entender, ralentizan la idea prevista del libro, que comienza a ser más ágil y directo a partir del capítulo 5, titulado, al fin, “La Historia”. Se podría comenzar la lectura por este capítulo y reservar esos primeros capítulos para el final.

No es baladí el orden porque, en el primer capítulo sobre “el saber”, se suman y se dan por conocidas demasiadas ideas y autores que no figuran normalmente en el acervo del joven estudiante de Historia, aunque en los siguientes capítulos Dario Migliucci realiza un meritorio esfuerzo de explicación de la estructura del conocimiento científico, las relaciones entre el principio de autoridad y el espíritu crítico, los entramados de las ideas de verdad y la noción de paradigma, los debates en torno al progreso o sobre las relaciones entre naturaleza y cultura, así como los

deslindes de realidades, conceptos, representaciones y multicausalidad que se ensamblan en todo proceso de conocimiento. Son cuestiones nada fáciles de sintetizar en pocas páginas, pero quizás puedan aturdir al joven usuario de esta guía. La síntesis es muy ardua siempre, y en tal caso hay que seleccionar bien los ejemplos. Así, para diferenciar la divulgación científica de la seudociencia, no parece el mejor ejemplo recurrir a libros sobre nuestra Guerra civil, asunto todavía de memoria traumática, cuando existe, en contrapartida, un aluvión de novelas históricas o de divulgadores aficionados que despiezan el conocimiento de todas las épocas históricas al margen de la actual riqueza investigadora recogida en unas revistas académicas que, sin embargo, apenas gozan de trascendencia social.

En este aspecto no habría sobrado priorizar el orden y la tasación de las apuestas metodológicas sobre los centrismos o sobre la hegemonía de los relatos basados en representaciones. Es más didáctico y preciso el rumbo del libro cuando del capítulo 5 al 11 se desgranar las siete tramas que cimentan el oficio de historiador y en sucesivas páginas se escalonan las explicaciones desde lo más básico, sobre la escritura de la historia, hasta un final dedicado a los consejos básicos para iniciarse en la investigación. Así, el capítulo 5 incluye una clara explicación del objeto de la historia, su propósito social, su importancia y peso para todo presente e incluso su carácter científico. Los apoyos bibliográficos son atinados y bien seleccionados, desde Marc Bloch a Paul Thompson, entre otros, aunque, al reproducir la ocurrencia de César Antonio Molina de que España padece un “Alzheimer permanente” (p. 75), tal hipérbole no encaja en un libro escrito para pensar históricamente, sin fantasías indemostrables.

El capítulo 6 condensa con lucidez las relaciones entre memoria e historia, así como la parcelación del pasado, siempre discutible, o las formas y ritmos del tiempo que nunca es ni uniforme ni cíclico, recuperando la notable distinción de Braudel entre tiempos de larga, media y corta duración. De igual modo plantea que los cambios históricos no se ajustan a la idea tan repetida de “revolución”, sino a procesos que se amasan “de forma extremadamente paulatina” (p. 105). También se exponen las teorías sobre el motor y la dirección de la historia, desde la lucha de clases de Marx a los discursos de Foucault o la tesis de Fukuyama, para dar paso en el capítulo 7 al desarrollo de la historia como disciplina científica, subrayando la aportación del materialismo histórico marxista, la envergadura de la historia social como arquitrabe para comprender el pasado y las aportaciones del estructuralismo y de la historia cuantitativa. El capítulo 8 está dedicado en exclusiva a “la historia como relato”, modo significativo de resaltar el peso adquirido por el giro postestructuralista y el paradigma de la historia cultural en las investigaciones del pasado, así como la historia de las mujeres, la reconstrucción del pasado desde los grupos y pueblos subalternos y, en consecuencia, el abandono del reduccionismo economicista.

Son asuntos, todos ellos, plenamente vigentes en los que quizás falte explicar algún concepto como el de ese “posmarxismo” que no define cuando fueron Marx, en su obra sobre el 18 de Brumario, y posteriormente los análisis de Gramsci los que despojaron al materialismo histórico tanto del determinismo como de la simplificación economicista o estructural, y situaron a los individuos en las redes de relaciones entre fuerzas económicas, aparato estatal, burocracia, sociedad civil y tradiciones culturales. En todo caso, el autor enfatiza precisamente las aportaciones de la microhistoria de Ginzburg y Levi, por ejemplo, así como las de Eric Hobsbawm, Peter Burke o Joan W. Scott, o la historia de las emociones de Joanna Bourke y el método de Roger Chartier para imbricar lo simbólico con lo real, la historia cultural con la historia social. Quizás por la inercia de anegar de autoridades académicas el texto, se reproduce la idea tan abstrusa de Jonni-Matti Kuukkanen sobre la historia como “una práctica racional susceptible de evaluarse con criterios epistémicos” (p. 167), definición sobre la que cabe interrogarse si es válida para guiar a los jóvenes en el oficio de historiadores.

Los tres capítulos finales abordan cuestiones prácticas para el ejercicio del oficio. Precisa los peligros de las ideas preconcebidas, previene contra las posibles malas prácticas y las tentaciones del presentismo y de la predicción, suma informaciones sustanciosas sobre las fuentes, el valor de las imágenes y de los testimonios coetáneos, así como de los nuevos recursos de documentación hasta llegar, en el último capítulo, al esbozo del camino de la investigación histórica y concluir que, en este campo de fronteras entre las grandes estructuras y las acciones

individuales, los hechos y su representación, E. H. Carr especificó que “la historia se ocupa de la relación entre lo único y lo general” (p. 232). Y esto obliga a elegir una escala de observación y a explorar ese jardín de senderos que se bifurcan como en su día relatase Jorge L. Borges y que tan certeramente define las vidas humanas de toda sociedad. Ahí radica cabalmente el mérito y la justa recomendación de este libro para introducirse con mejores herramientas en los desafíos de construir un conocimiento científico de nuestro pasado.